

El civilista

GERMAN ARCINIEGAS*

En Colombia, como en toda América, la guerra de emancipación fue empresa de la juventud. Quienes primero anunciaron la revuelta fueron los estudiantes. Ellos fijaron los pasquines que eran de rigor en las esquinas de la plaza principal. Las autoridades españolas juzgaron que aquellos jóvenes debían terminar sus estudios en otro lugar distinto del Colegio del Rosario, y así, de cárcel en cárcel, los llevaron hasta las arenas del Africa. Las nuevas generaciones de estudiantes vieron en aquello una lección ejemplar, y a la primera oportunidad se lanzaron en revolución. Formalizada la guerra, se vieron siempre, a la cabeza de ejércitos de campesinos, muchachos de veinte años. A uno de ellos, a García Rovira, se le llamó "el estudiante". Cuando España se rehizo y formó el terrible ejército de la Pacificación, que a sangre y fuego pareció ahogar la independencia, los más listos salieron a perderse donde fuera imposible encontrarlos. Salieron a los Llanos Orientales, algo así como la pampa argentina, donde el hombre no se esconde en ningún repliegue de la tierra sino en la misma vastedad de la llanura. Allí se formaron unos ejércitos de vaqueros, de baquianos, de jinetes que no tenían más

* Presidente de la Academia Colombiana de Historia. Ha sido Ministro. Embajador. Parlamentario. Periodista. Ha dirigido, en París y Bogotá, varias revistas de gran importancia. Ha publicado cincuenta libros de historia, viajes, reflexiones políticas. Honoris-Causa de varias universidades. Fundó los Museos Nacional y Colonial en Bogotá.

armas que sus lanzas. Cuando los ríos desbordaban, caminaban leguas con el agua a la cincha de las cabalgaduras. Aquello era en lugares donde el sol es tan vivo que quema como una candela. Para dar batalla a los españoles era preciso remontar los Andes, cruzándolos por páramos que entumescen los miembros. Esta jornada iba a ser tan audaz, tan absurda y tan heroica, que sólo la juventud podía concebirla y realizarla. Pero allí, entre los vaqueros endurecidos en las faenas del llano, estaban los estudiantes. Los que habían podido escapar a los fusilamientos del pacificador. “Era —dice don Salvador Camacho Roldán— un ejército de jóvenes, en que el general en jefe —Bolívar— no había cumplido treinta y seis años; el general Soublotte, jefe del estado mayor, no llegaba a treinta; el general Anzoátegui, jefe de las divisiones, apenas había cumplido veintinueve, y el general Santander, jefe de la otra, tan sólo veintisiete. Entre los jefes de los cuerpos, sólo el general Fortoul llegaba a treinta y nueve años; Obando y Cancino tenían veintinueve, los comandantes Ramón Guerra y Joaquín París no pasaban de veinticuatro, y José María Córdova apenas había cumplido veinte”.

La verdad es que en aquellos tiempos se vivía desde muy temprano. Así como en los campos y en las aldeas la tarea empezaba cuando el alba se insinúa en una luz turbia y azulencia, también el hombre, antes de los veinte, entraba en acción viril. Santander —que fue el brazo derecho de Bolívar en Boyacá— empujó en el momento decisivo los ejércitos de la victoria, general de veintisiete años —como se ha visto—; pero desde los diez y ocho entró en la revolución, y como adalid de montoneras, trabándose en guerrillas con los españoles por las montañas de su tierra, aprendió la dura lección de la campaña alternando triunfos y reveses. Para los hombres que no tienen un genio guerrero, estas acciones se distinguen más por lo heroico que por maravilla de estrategia. En Santander, en quien algo de esto ocurría, lo extraordinario de su personalidad vino a lucirse después de la última batalla. Cuando él surge como una figura americana, cuando su obra es genial y atrevida, es en el momento en que, sobreponiéndose al placer de la victoria y a la inquietud moceril, les pide a los militares triunfadores que se inclinen debajo de la ley. El vio claro que la guerra no se encaminaba a la simple independencia política de España, sino a procurar la libertad de los colombianos, y tembló horrorizado ante la perspectiva de que la república se convirtiera en feudo de los militares.

Era entonces mucho más fácil levantar a los pueblos contra el poder español que someter generales al rigor de la ley. Los pueblos estaban

preparados para la guerra porque odiaban el imperio de un régimen que los había sometido a una cruel servidumbre, y habían manifestado ya su deseo de sacudir el yugo en una revolución anterior. Los generales, en cambio, no estaban preparados para la paz. Sentían que el prestigio de sus hazañas, el haber derrotado a un poderoso ejército europeo, les empinaba las frentes de envanecimiento. Barreiro, el general español, describe en alguna parte el ímpetu de las tropas republicanas, cuando al hablar de una batalla dice: "La desesperación les inspiraba un valor sin ejemplo. Sus infanterías y caballerías salían de los barrancos a donde se les había arrojado, y luego trepaban con furia a las alturas que habían perdido. Nuestra infantería no podía resistirles". Y así fueron, como saliendo de las barrancas, como surgiendo del pantano y del infierno de los llanos, trepando riscos, escalando montañas, reventando enemigos. Así fueron tomando cuerpo los generales, descubriendo sus estampas rudas y hermosas, hasta que en un tablado, en la plaza mayor de Bogotá, mientras las campanas se echaban a vuelo, les coronaron un día las hijas de los mártires que fusiló el Pacificador y que, dejando por inútiles los crespones de luto, se vistieron de fiesta para celebrar la victoria.

No se podía explicar a Santander sin colocarle como telón de fondo a Santafé de Bogotá. No se comprende su equilibrio entre las letras y las armas, su tranquilo espíritu de justicia, sin penetrar en el espíritu de la ciudad del altiplano, fría y poco luminosa, que a los pocos años de fundada tenía ya varias universidades y cuyos habitantes, no enriquecidos por mina que no tuvieron, o llevaban una vida rural en las encomiendas, o leían los tratados de Fray Luis de Granada. Santafé de Bogotá, no obstante unos minúsculos combates librados o en sus ejidos o en sus propias calles, ha sido la ciudad menos guerrera del mundo. Las revoluciones que han logrado subir hasta su altura de 2.600 metros sobre el mar, han pasado de ser rojas a ser blancas. Los comuneros, en la más enardecida y numerosa de nuestras revueltas populares, llegaron con su ejército de veinticinco mil labriegos hasta las goteras de Bogotá, y de allí retornaron callados a sus labranzas después de haber oído un sermón del arzobispo. La guerra de la conquista fue dura y sangrienta en los valles ardientes, pero al subir al altiplano —la palabra misma tiene un recóndito sosiego— se suavizó. Los conquistadores y los indios, al mirarse por primera vez frente a frente, se quedaron silenciosos oyendo un discurso incomprensible de Quesada, en que se hablaba de justicia y cosas de caballería. Es cuestión de ambiente. Los bogotanos han entrado en las guerras civiles, han hecho el héroe en

silencio, sin ostentación, y llegados a los términos de la paz, encuentran demasiado ostentoso el uniforme, estridente el brillo militar, y se acogen a la luz de Santafé, que es una luz tranquila.

Viendo así las cosas, Santander resulta una interpretación perfecta del carácter bogotano, del carácter que la capital impuso al país, y que ha venido a ser rasgo distintivo de la democracia colombiana. Yendo al espíritu de lo que fue Santander dentro de nuestra revolución, podría decirse que su tesis fue la de apoyar la república que nació en la batalla de Boyacá no sobre la hoja de acero que con filo azul y rojo guió a la tropa por el camino de la victoria, ni sobre la hoja fresca y verde del laurel, sino sobre la hoja blanca de los libros de entonces, de ese papel mal hecho en fábricas de mano, donde los tipos cojitrancos de las imprentas primitivas estampaban casi con emoción las primeras palabras de libertad.

Santander es, en resumen, reflejo de un clima moral, pero también un hombre en quien ese clima produce una personalidad exaltada y culminante. Es el hombre que en América encarna el espíritu civil. Y que defiende ese espíritu en el escenario más dramático, con una pasión que no pudo apagar el huracanado vuelo de constantes victorias militares. Bolívar le llamó el hombre de las leyes. No el hombre de los pleitos, sino el hombre que buscó, de cimiento para la América que entonces renacía, la sustancia fecunda de la ley que civiliza a una nación. Es un hombre más fino que los bravos que le rodean. Lo que él ataca de la España colonial es un principio de barbarie, contra el cual quiere que se levanten los hombres de América al conquistar su independencia. Hablando de Morillo, el general español, dice "Desengañémosnos: 'el héroe de los caminos reales' es superior a nuestros jefes en barbarie, en ignorancia, en crueldad y en grosería". Su pasión sobre este punto llega a hacer exclamar: "Enemigo de los godos como soy, prefiero un sultán con su cimitarra y el Alcorán a Fernando VII y sus representantes". De esta negación feroz, se lleva por los caminos de la libertad hasta las palabras que en seguida voy a copiar, tomándolas de su carta a Bolívar en abril del año 26, y que son un consejo profundo y discreto debajo del cual palpita la emoción de la nueva república: "Si usted viene a la república, no conoce nuestra organización y administración: todo está cambiado por nuestras leyes, y tan llevados de los principios republicanos al extremo. Porque ya es adagio que se ha peleado y derramado sangre más bien por la libertad que por la independencia".

En esta actitud del héroe que se sobrepone a la victoria para antever una república que, después de un siglo, sigue siendo nuestro ideal, hay una visión genial, pero más aún: hay grandeza. En el epílogo de apasionado crecendo que Ricardo Rojas escribe en su libro sobre San Martín, hay estas palabras, que podrían aplicarse a Santander con la misma justicia que al héroe argentino: "San Martín es el prototipo genial, individualísimo, de esa nueva sensibilidad heroica: se sirve de las necesarias armas, pero sin arbitrariedad ni sensualidad. Sobre él gravita un mandato moral. Por eso su figura de héroe militar se proyecta en una figura de héroe civil. Más hermosa que su hazaña en su conciencia. Su espada de santo refleja, al desnudarse, la luz de la justicia".

* * *

A los veintisiete años, pues, se encuentra Santander delante de una república que empieza a surgir. Que todavía no está segura de su solidez. España sigue siendo fuerte en el sur, y Bolívar avanza, con su audacia insomne, con su ímpetu de Libertador de pueblos, a combatir en el Perú. ¿Qué va a hacer el granadino con el gobierno? ¿Qué fisonomía ha de imprimirle al barro fresco que tiene entre las manos? La guerra sigue siendo esencial. Hay que levantar fondos para la campaña del Perú, hay que inventar, hay que hacer una hacienda pública. A todo esto se entrega con vehemente entusiasmo. Pero existe algo más fino, casi inasible, en donde Santander advierte el espíritu del siglo: el mundo de las letras. El anticipado placer de que en lo que fueron las colonias de España, vayan a instalarse naciones cultas, hace exclamar a don José Manuel Restrepo: "El gobierno español en trescientos años no dotó una escuela, y el republicano, aun en medio de los peligros de la guerra y del estruendo del cañón, trata de promover la enseñanza pública y de esparcir las luces por todas partes".

"Esparcir las luces por todas partes": hé aquí una expresión que retrata el espíritu y la letra de entonces. Aquellos hombres tenían una fe ciega en la escuela. El decreto que echa las bases de la educación pública en Colombia lo escribió Santander fundándose en consideraciones cuya lectura se hace hoy con emoción. Dice él que considera la instrucción pública el medio más fácil para que los ciudadanos de un Estado adquieran el conocimiento, los derechos y deberes del hombre de sociedad; que el gobierno está obligado a proporcionar a los gobernados esa instrucción, como que contribuye al bienestar de los individuos y a la felicidad de todos; que por la constitución de

Venezuela están privados del voto activo y pasivo en las elecciones populares los que no sepan leer y escribir, y que tal privación sería vergonzosa a los que la sufren, pues el voto activo constituye el ejercicio de ciudadano de consecuencia, ordena Santander un gobierno representativo. En que en cada ciudad, villa o lugar con rentas se funde una escuela; que haya igualmente una pública en cada convento de religiosos; que “las parroquias y pueblos llamados antes de blancos, que tuvieron los 30 vecinos que prescribe la ley de Indias, y de ahí arriba tendrán también una escuela pública costeadada por los mismos vecinos”; que “en los pueblos de indígenas, que antes se denominaban indios, el establecimiento de las escuelas se hará conforme al reglamento de S.E. el Libertador”.

No se detiene aquí la acción de Santander. Todavía hoy, quien viaja a través de Colombia no llega a ningún rincón en donde la huella de esa prodigiosa actividad no haya quedado estampada en la fundación de un colegio, de una universidad que aún subsiste. En Ibagué, en el Socorro, en Medellín, en Neiva, en Cali están vivos estos testimonios, y quien mire dónde están esos lugares, verá cómo son, como los puntos en que se apoya todo el mapa del país.

Pero era preciso ir más al fondo del problema. Santander quiere reanudar la tradición de las misiones científicas de Carlos III, misiones que nosotros consideramos como el antecedente intelectual de la emancipación y que fueron, en realidad, la iniciación de América en la cultura de la Europa moderna. Los últimos virreyes habían dejado caer, con el espíritu de esas misiones, las reformas universitarias que abrieron camino al estudio de las matemáticas y las ciencias naturales, y la guerra de independencia paralizó todo posible resurgimiento. Pero una vez que Santander se ve al frente del gobierno, procede a contratar sabios europeos para Colombia. Así llegan Boussingault, Rivero, Roullin, Bourdon, Godte, que en seguida abren cátedras, escriben, forman discípulos. Viene luego el establecimiento del museo con sus cátedras, y la escuela de minería. Otra vez, como en los tiempos de Mutis, pero ahora bajo un signo más comprensivo, los jóvenes y aun los hombres maduros llenan las aulas para iniciarse en geometría, en química, en ciencias sociales, en botánica, en zoología. Era una república ilustrada, por donde sopló el viento cálido del siglo XIX, del romántico siglo XIX, que en realidad arrancó del primer año turbulento de la revolución francesa. Santander quiere henchir de una nueva moral política las enseñanzas y así entran a la universidad los textos de Bentham y Tracy.

El hombre, mejor dicho, el muy joven caballero que promovía todo esto, se perfiló como un estadista. Reformaba la hacienda pública, enviaba dinero y armas a Bolívar para la guerra del Sur, promovía relaciones con las naciones extranjeras. En todo obraba como un creador. De ahí que nosotros exaltemos su figura en la vida americana del siglo XIX como la del soldado que tuvo una idea para ir más allá de la guerra. Para él las armas fueron un medio, y nada más.

* * *

En la vida de Mariano Moreno hay una anécdota que suele recordarse como la expresión de lo que él entendía por el culto de la libertad. Comentando la desgraciada escena del brindis de Atanasio Duarte, dijo: "Un habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido, debe atentar contra la libertad de su patria". Esta frase es como una clarinada simbólica en aquellos días turbios en que al considerar las nuevas repúblicas de América, al verse repentinamente dueños de su gobierno sus propios hijos, no sabían si echar por los atajos del despotismo o aventurarse por los desconocidos caminos de la democracia.

La expresión de Moreno es la misma de Santander. El uno y el otro convienen en que el único sentido de estas luchas es la conquista de la libertad. Cuando se dirigió Santander al congreso que le confirió la vicepresidencia de la Nueva Granada, dijo: "Las armas os han dado independencia; las leyes os darán libertad". Esa libertad vaciló cuando Bolívar proclamó la dictadura. Santander iba hacia la democracia ilustrada. Bolívar se veía empujado hacia un gobierno fuerte por la presión de sus mismos generales. Entonces vino el choque que les distanció definitivamente. Los partidarios de Santander, contra su expresa voluntad, se empeñaron en una conspiración de la cual milagrosamente escapó con vida el Libertador. Pero Santander fue la víctima elegida por los bolivarianos, y poco faltó para que pagara con su vida la adhesión a las leyes. En las cárceles que había construido los españoles en Cartagena, bóvedas en cuyas paredes revienta el golpe de las olas, pasó meses el prisionero, mientras se le confinaba al destierro en Europa.

Aquella noche dramática en que los conspiradores llegaron hasta la alcoba del Libertador para asesinarlo, con todo lo que tiene de brutal e insensato, fijó un destino en la vida colombiana. Si el pueblo se atrevía contra Bolívar, contra el padre de la patria, contra el Libertador, ya nadie más podría aventurarse allí por los caminos de la dictadura. Y por eso no ha habido dictaduras en Colombia. Las

guerras del siglo pasado se llamaron "civiles" quizás porque no iban tras de ningún encumbramiento militar. Eran pronunciamientos en que se empeñaban los partidarios de un cambio constitucional. Antes que volverles las espaldas a la constitución a golpes de cuartel, los ideólogos, los periodistas, que eran los revolucionarios, iban a la lucha cruenta para volver la hoja de papel, para buscar nueva constitución. La hoja de papel ha sido sagrada. Muchas veces se ha abominado de la constitución, pero se la respeta. Quizá por esto Colombia debe ser la nación de América en donde ha habido mayor número de gobernantes. Nadie se ha "alzado" con el poder.

Después de la independencia, uno de los soldados más ilustres, aristócrata como para haber fundado una dinastía, invicto y audaz, que solía atravesar de un extremo a otro la república paseando sus banderas como un caballero desafiante, pudo ser dictador. Lo contuvo un constituyente. El general volvió la espada a su vaina sometiendo su ambición a la suerte de unos discursos. Al dictar la constituyente la nueva carta, parece que no hubiera tenido sino una idea fija: cerrarle el paso al general. Prefirió fraccionar el país en nueve pequeños estados, cortarle los poderes al presidente, anular casi el gobierno federal, para que ni el invicto Tomás C. de Mosquera, ni nadie, ni entonces ni nunca, pudiera hacer de la república un feudo. Mosquera mismo, después de la experiencia, quizo alzarse contra la constitución. Se proclamó dictador en una mala hora de arrepentimiento, y casi en término de horas le amarraron, le dieron primero su propio palacio por cárcel —los estudiantes montaban la guardia a su puerta— y luego le llevaron al observatorio, para que desde la azotea a donde subían los matemáticos para reflexionar sobre el curso de las estrellas, viera él girar los signos de libertad que gobiernan los destinos de su pueblo. ¿Por qué ese inevitable fin de las posibles dictaduras en Colombia? Por la lección de los conspiradores de septiembre. Sobre cualquier tentativa caprichosa, ha pesado una inevitable suerte: la que le señala la teoría de Santander, la teoría de la democracia, hacia la cual venimos aproximándonos en América por los caminos difíciles, árdulos, tremendos, del ensayo republicano.

Es terrible y deslumbrante esta frase escrita en Europa por Santander, cuando desde el destierro contempla la suerte de Colombia, en su propia suerte: "Patria es para mí cualquier rincón de la tierra donde se respete la justicia y se viva con seguridad".

* * *

El choque entre Santander y Bolívar, que no debe atenuarse al hacer el relato de aquellos días constituye una de esas contradicciones esenciales a todo instante creador. Era preciso mediar todas las posibles hipótesis de gobierno en un duelo apasionado, sin temor de la vida, para pulsar la capacidad democrática del pueblo. Lo admirable en el caso de Bolívar y Santander es que hubieran henchido la hora de sus propias pasiones, sin economía, sin cálculo, para luego, con el oído atento al acompasado fluir de la vida, pronunciar palabras de conciliación y fervoroso amor al pueblo colombiano, cuya vibración no se ha extinguido.

Cuando Bolívar hace su testamento político, dice: "Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro". Santander, cuando ve que la muerte del Libertador deja indiferentes y aun satisface a quienes de él se habían distanciado en la política, exclama: "En América sólo los miserables pueden alegrarse de la muerte de Bolívar". Los dos hombres, que, hombro a hombro, habían luchado en la guerra, tienen su luz propia en la historia, y después de apartarse en la lucha de los partidos, llegan a esos términos de grandeza que arrancan de una vida consagrada a cimentar la independencia de América y afirmar en ella principios liberales. Si en la historia de Colombia, Bolívar representa el héroe, si es su espada la que conduce unas tropas de campesinos y aldeanos a los campos en donde quedó vencido el ejército de España, y si su fe electrificaba a las muchedumbres cuando decía: "La victoria marcha delante de nosotros". Santander, casi diez años más joven que Bolívar, simboliza un precoz apego a los principios civiles que habían de iniciar a los pueblos independientes en la vida de los pueblos libres. Es la encarnación de un tipo tenaz que le imprimió su rumbo definitivo a América. Por los senderos que él abrió en la maraña de una república virginal, todavía, y mientras tengamos amor a la libertad, seguimos y seguiremos encaminando nuestros pasos.

Buenos Aires, mayo de 1940.